



## ¡ASÍ, SÍ!

Durante el mes de agosto, mientras muchos estamos desconectados de la vida cotidiana de nuestra ciudad, el Ayuntamiento ha llevado a cabo dos obras que puede que no tengan gran trascendencia para los vecinos, porque no son relevantes de cara a la opinión pública, pero que evidentemente influyen de forma directa en esa vida cotidiana.

La primera de ellas ha sido la vuelta que se le ha

ello redundará en un mayor ordenamiento y fluidez del tráfico que circule por esa confluencia. Es una obra que podría continuarse, como ya se ha indicado en alguna ocasión desde estas páginas, en otros cruces, sobre todo en los que actualmente tienen semáforos, que poseen anchura suficiente para el trazado de estas rotondas y evitarían la aglomeración de vehículos que se produce cuando los semáforos están cerrados.

Pequeñas obras como estas, mejoran notablemente la tan cacareada "calidad de vida", por eso exclamamos sin reservas: ¡Así, sí!

## ¡ASÍ, NO!

Ya nos hemos ocupado en otras ocasiones, desde esta revista, de la situación en que se encuentra ese vigía permanente instalado en la torre de la Asunción que controla la vida de nuestra Plaza de la Constitución y cuyos ojos contemplan impasibles los tejados de nuestro casco antiguo. Hace muchos meses, quizás años, que su pulso se ha detenido, sus brazos se han anquilosado, ha cesado el tic-tac de su corazón y su sonora voz acampanada no rompe los silencios nocturnos.

Lo cierto es -retóricas aparte- que el reloj de la torre no funciona desde hace ya demasiado tiempo y somos muchos los manzanareños que cuando cruzamos la plaza e inevitablemente dirigimos nuestra mirada hacia la torre, nos encontramos con el repetido y desagradable espectáculo de seguir contemplando parado el reloj.

Hay dinero para muchas cosas -muchas de ellas menos necesarias y prácticas que ésta- por lo que

bien podría destinarse una parte para su arreglo y conservación. No hay por qué esperar al arreglo que parece serva a tener la torre, puesto que lo importante es que el reloj vuelva a funcionar y sentir la satisfacción de volver a oír sus campanadas, por lo que su lamentable estado nos obliga a gritar: ¡Así, no!

